PALABRAS DEL VICEPRESIDENTE DE LA REPUBLICA
ENRIQUE BOLAÑOS GEYER
ANTE PRIMER CONGRESO DE INGENIEROS
"EDUCACIÓN Y EMPRESA ANTE EL SIGLO XXI: EL RETO DE LA EDUCACIÓN TÉCNICA"
CENTRO DE CONVENCIONES OLOF PALME
MANAGUA, 20 DE OCTUBRE DE 1999

- Amigos Todos

En nombre de Dios y de Nicaragua

Algunas veces los hombres y mujeres recibimos influencias que determinan nuestra vida o nuestro destino, y nos marcan sin haber tenido relación directa con los hechos o las personas.

Mi abuelo materno era un hombre pequeño pero fuerte que se llamaba Heinrich Geyer; era un ingeniero alemán quien llegó a Nicaragua allá por 1880, para trabajar en la construcción del «Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua», y se quedó para siempre. Se casó con mi abuela, una nica pura, que le prodigó todo el amor del mundo y le dio 8 hijos. Mi abuelo murió en 1907, mucho antes de que yo naciera.

Muchos años más tarde, y ya en mi adolescencia, yo comencé a leer las cartas que mi abuelo Heinrich le escribía a su hermano Fritz (Federico) a Alemania. En ellas se reflejaba, como en un plano geométrico, el mundo de valores y prioridades de un joven diligente y sensato. Sus escritos eran ordenados y formales, como sacados del mundo gótico. En sus cartas se revelaban, más que los anhelos, la satisfacción por los logros alcanzados y toda la fuerza con la que le había impreso su amor a la vida. Creía en la familia, en la fortaleza del carácter, en el respeto a la ley y a la autoridad; y sobre todo, amaba el trabajo. Armaba las máquinas y vagones del ferrocarril; trabajaba en galvanización, en agricultura, en la incipiente maquinaria automotriz, en electricidad; hacía y sabía de todo, pero siempre con metodología y perseverancia.

Yo sentía mucha pasión por tratar de imitar las destrezas y el orden de mi abuelo Heinrich y quizás por ello, cuando yo terminé la escuela secundaria decidí estudiar ingeniería –ingeniería industrial.

La ciencia es un medio que tiene como punto de partida la educación práctica y activa, y como meta, el progreso. Esta es nuestra educación, como ingenieros.

Por eso creo que uno de los nortes de la educación de nuestra juventud ha de ser el formar personas integrales; personas con conocimiento y habilidades, pero con valores humanos y morales.

Pero, ¿cómo hacemos para que nuestro sistema educativo genere este tipo de personas? No hay duda que responder a esta interrogante constituye uno de nuestros más grandes retos. Implica, entre otras cosas, adquirir un curriculum que cimiente racionalmente los nuevos valores, y formar un magisterio capaz de vivirlos, porque valor que no se vive no se puede comunicar.

Hoy día, mucho se habla de desarrollo económico. Y está bien.

Queremos ser una nación desarrollada que deje atrás la pobreza y el atraso material y espiritual. Pero es importante tener en cuenta algo que se descubre con más fuerza en esto últimos decenios del siglo, y es que las naciones que han logrado ese desarrollo son aquellas que han vivido más un conjunto de valores muy específicos.

Octavio Mavila, escritor y empresario peruano autor de un folletito titulado “El Decálogo del Desarrollo”, sustenta la tesis de que para el desarrollo el hombre necesita el hábito de los valores tales como la puntualidad, el orden, el afán de superación, el respeto a las leyes y reglamentos, la honestidad, y otros que completan su decálogo. Estos valores se encuentran bien entronizados en cada una de las sociedades que hoy día podemos llamar exitosas o desarrolladas.

El ex Ministro Belli tapizó profusamente las aulas de las escuelas de Nicaragua con este decálogo, pero –repito– debemos formar un magisterio capaz de vivirlos, porque valor que no se vive no se puede comunicar.

Nuestra educación tendrá pues el reto primario de contribuir al fortalecimiento de la cultura progresista y humana. Y creo que lo más difícil en esta tarea no es tanto producir un nuevo curriculum sino cómo formar nuevos maestros que encarnen estos nuevos valores.

Alvin Toffler

Hace dos meses asistí a unas conferencias dictadas en San José, Costa Rica, por el científico Alvin Toffler sobre el futuro, sobre lo que nos espera. Desde hace un cuarto de siglo él ha venido prediciendo los avances tecnológicos que ahora estamos logrando. Él habla de las tres olas: La primera ola, la Era Agrícola, la era en la que la civilización era agrícola; el recurso básico era la tenencia de tierra. El capital se medía por la tierra poseída.

La segunda ola: la Era Industrial en la que los recursos claves de la empresa eran: tierra, mano de obra y dinero, representados en acciones de empresas. El capital se medía por la cantidad de acciones conservados que daban más o menos control de una empresa. Y la tercera ola, la actual, en la que la era industrial está cediendo dramáticamente ante los rápidos cambios actuales que nos modifican la manera de vivir y trabajar. Algunos la llaman la Revolución Digital, la Era de la Información, la Era del Conocimiento... etc.

En esta nueva era –la de la información– “el conocimiento” es el recurso competitivo clave; ya no es la tierra, ni el dinero, ni la maquinaria. Podemos decir que grandes cantidades de los productos de hoy son apenas conocimiento empacado. Los *chips* que hacen operar a las computadoras están apenas compuestos de migajas de silicón (*silicon*), algunos pedacitos de alambres y muchísimo –pero muchísimo– conocimiento.

La tecnología es la clave del desarrollo actual de los países. Para todo efecto práctico, podemos decir que la tecnología almacena y distribuye conocimiento y crea nuevas oportunidades en el mundo de los negocios.

Investigación y Universidades

Es fácil reconocer que todavía no estamos ni siquiera planeando para insertarnos en la tercera ola de que nos habla Toffler. No hemos siquiera llegado a la segunda ola, la industrial; y nos tocará brincar de la primera a la tercera, sin posarnos en la segunda, en la industrial. Es pues importante que las universidades nos produzcan dos cosas que demanda la sociedad actual: Uno, profesionales en las disciplinas técnicas, de alta calidad; y, dos, nuevas ideas. Las universidades deben usar los recursos escasos de que disponemos para producir profesionales de altísima calidad, en vez de altísima cantidad; y deben dedicar una buena parte de esos recursos –en Nicaragua, parte del 6%– para investigación.

Tomemos por ejemplo el maíz. La investigación en mejoramiento de maíz en la región de Centro América se inició hace unos 50 años, mientras que en los Estados Unidos comenzó en 1865. Desde hace esos 50 años, hasta la fecha, los programas nacionales de investigación han experimentado cambios notables, con etapas de crecimiento sostenido de sus recursos en los primeros años, hasta la época actual donde los encontramos en un estado de relativa crisis, con limitado apoyo y recursos para desarrollar sus actividades normales. A pesar de que el maíz es el cultivo anual más importante de esta región, ni las universidades ni los empresarios invertimos un solo centavo en programas de investigación en maíz.

De parte del esfuerzo del sector público, los programas nacionales de investigación en maíz tienen una rica y vieja historia de mejoramiento, que ha resultado en logros significativos en mejoramiento genético. Para el período de 1966-1997, los programas públicos de mejoramiento de Centro América desarrollaron 127 variedades e híbridos de maíz, y 21 en la región del Caribe, para un total de 148. De este total, la gran mayoría han sido variedades 101 y relativamente pocos híbridos, 47. En comparación, en México durante el mismo período se desarrollaron 222 variedades e híbridos de maíz por las organizaciones públicas, y 305 en América del Sur. En total en América Latina los sistemas públicos de mejoramiento han desarrollado 675 materiales de maíz, de los cuales 427 (63%) son variedades y 248 (37%) son híbridos.

Pero aún hace falta mucho más. Las universidades tienen el deber de asumir el reto de hacer el esfuerzo adicional que esta tarea demanda. Los objetivos de INATEC, por ejemplo, van en este camino con programas para producir Técnicos Medios en las especialidades agropecuarias e industriales, con énfasis en la región del Atlántico Norte y Sur del país, así como la formación de jóvenes en especialidades del sector industrial, en alianza con el sector privado. Pero esto es apenas un comienzo de las grandes necesidades que demanda el desarrollo del país.

Todos aspiramos a un mejor nivel de vida. Aspiramos a una mejor educación para nosotros y nuestros descendientes, a mejor salud, a más comodidades, a prolongar la vida promedio, a cosas que nos den satisfacción y placer. No podemos evitar preguntarnos ¿por qué esas "maravillas" que tanto reclamamos y exigimos y que tanto benefician a la humanidad, no han sido inventadas, diseñadas, o producidas por latinoamericanos? No cabe ninguna duda de que esto se inicia con una mala orientación en la educación. También no cabe duda de que debemos hacer lo que nos corresponde para revertir esta tendencia negativa que amenaza empeorar el futuro de nuestros hijos y nietos.

El populismo que tanto tambor sonó al norte y al sur de nuestro continente, enfermó las mentes de muchos al decirles que la pobreza es hija de la riqueza. Y alimentaba dicho pregón con tanta poesía barata, con tanto resentimiento que puso a muchos, no a soñar, sino a vivir en recluso paraíso de pesadillas.

Nuestro Rubén Darío dijo con mucha pasión en un poema escrito en 1906, en Río de Janeiro “*Que los hijos nuestros dejen de ser los rétores latinos...*”. Nos hacía así un llamado angustioso. Su voz predecía la tragedia del subdesarrollo que vivimos. Él nos invitaba, con esa frase, a la constancia, al trabajo, al hacer, al realizar.

Una idea, muy liberal y muy democrática, es que cada uno debe ser el artífice de la solución de sus propios problemas; que sólo nosotros podemos salvarnos a nosotros mismos; y que debemos cumplir con el deber de hacer lo que esté al alcance de nuestras fuerzas antes de solicitar o permitir la ayuda del Estado.

Que Dios bendiga siempre a Nicaragua.